

## AGENDA CIUDADANA

### EL ENGAÑO Y LA POLITICA Y LA POLITICA COMO ENGAÑO Lorenzo Meyer

¿Una Etica distinta o Falta de ella?.- La semana pasada, en una acción con pocos precedente, el presidente Vicente Fox se disculpó ante aquellos mexicanos que, después de haber escuchado la grabación de una conversación, supuestamente privada, que tuvo lugar el 19 de marzo entre él y el líder cubano Fidel Castro, consideraron que el presidente había mentido cuando negó que hubiese insinuado a su contraparte cubana la conveniencia, para no incomodar al presidente norteamericano, de que redujera al mínimo su presencia en la llamada “Cumbre de Monterrey”, convocada por la ONU y de la que Cuba es miembro de pleno derecho.

Más allá del incidente descrito, el hecho reabrió entre nosotros una discusión vieja, interminable pero importante: la relación entre ética y política. La mentira, el engaño, la falsedad, la trampa o el disimulo, son elementos consustanciales de la política y pretender otra cosa es falta de realismo o algo peor. Evidentemente, tener conciencia de lo inevitable y omnipresente de la parte negra de la política no implica condonarla. En realidad, lo verdaderamente peligroso en el juego del poder no es la distorsión ocasional de la verdad sino la metódica. La política como engaño sistemático fue justamente una de las características centrales del régimen mexicano que concluyó en el 2000; de ahí el escándalo cuando vuelve a asomar el feo y conocido rostro del engaño.

Definiciones y Visiones.- En 1604, cuando se estaban consolidando los estados nacionales modernos en Europa, Sir Henry Wotton, poeta y diplomático

inglés, definió al embajador, como “un hombre honesto al que se envía al exterior para que mienta en nombre de su país”. A Wotton, como a cientos de miles de diplomáticos y de políticos de antes y de después, no pareciera haberles costado mucho trabajo hacerle frente a la contradicción entre considerarse honestos y distorsionar la verdad porque la solución a ese dilema moral se encuentra en apelar a un supuesto orden superior de valores: la verdad se sacrifica pero no en beneficio personal sino por el bien común, y eso no es una falla ética sino una forma de patriotismo. Desde esta perspectiva, lo reprochable no es distorsionar la verdad, sino que la maniobra falle y pierda su eficacia.

Ya en pleno siglo XX otro escritor inglés, George Orwell, tras el desencanto que le produjeron su experiencia como funcionario de la policía imperial en las colonias (Birmania, en particular), el “socialismo real” –lo vivió directamente en la guerra civil española--, y el nacionalsocialismo, afirmó: “el lenguaje político...está hecho para hacer que las mentiras suenen a verdades, para que el crimen aparezca como algo respetable y para darle apariencia de solidez a lo que, en realidad, es puro aire” (1950). Para Orwell, la política real en su totalidad es una falsedad y no la salva ni el patriotismo. Wotton y Orwell representan dos visiones irreconciliables de la política que desde hace siglos debaten sin cesar y sin solución en Occidente.

Desde el Origen.- En la primera gran reflexión teórica sobre el poder que se dio en el mundo occidental --la que se dio en la Grecia del siglo V antes de nuestra era--, se pretendió que la política era una de las empresas más nobles, importantes y éticas a las que se podía dedicar el hombre. La pretensión de ligar ética y poder no se debió a que los griegos no tuvieran conciencia de la pobre

naturaleza de la política cotidiana, sino a la pretensión de cambiar la realidad a base de apelar a la razón. En efecto, Platón (428/427-348/347 a.c.), uno de los constructores de la teoría política clásica, desistió de seguir una carrera política porque directamente comprobó que simplemente era imposible tener éxito en ese empeño y mantener sus principios éticos; de ahí su decisión de crear en Atenas su Academia y dedicarse al estudio de la ciencia, de la filosofía y del poder. Para Platón, la auténtica política --la virtuosa y la que mejor serviría la comunidad--, sólo podría venir de la mano del rey-filósofo. Es decir, de aquellos hombres entregados a la búsqueda sistemática de la verdad --los filósofos--, elevados al rango de responsables supremos de su comunidad, es decir, de reyes. Desgraciadamente, sólo en la teoría ha sido posible unir a la política y el compromiso sistemático con la verdad. Hoy, como hace dos milenios y medio, quien realmente busque la verdad, lo más seguro es que fracase como político. Sólo en circunstancias muy especiales, y por tanto pasajeras, el hombre moral puede tener éxito, como lo muestran el caso de Ghandi en la India o el del actual presidente de la República Checa, Václav Havel --poeta y dramaturgo-- que bajo el antiguo régimen checo fue un muy solitario defensor de los derechos humanos, y que pagó por ello con cuatro años en prisión (1979-1983). Únicamente la caída del Muro de Berlín y del gobierno socialista impuesto por la URSS, permitió que Havel, para entonces líder del "Foro Cívico", llegara a la presidencia de Checoslovaquia en 1989.

Hasta ahora, las biografías de Ghandi y lo que se conoce de Havel no permiten dudar de la congruencia entre la posición ética de los gobernantes mencionados y su conducta al frente del movimiento independentista de India o

del gobierno de Checoslovaquia primero y de la República Checa después. Sin embargo, es difícil que la intensidad y peculiaridad de la vida pública de esas dos naciones cuando tuvieron como personificación de lo mejor de su espíritu a Ghandi y a Havel, se mantenga por largo tiempo o se pueda repetir en otra parte. Los mencionados, a los que se puede añadir Nelson Mandela y unos cuantos nombres más, son figuras extraordinarias en circunstancias poco comunes, pero hasta hoy y desde hace siglos, la política ordinaria no podría funcionar con ellos.

San Agustín y Maquiavelo.- Para San Agustín (¿-604/605) la política, el ejercicio del poder de un hombre sobre otros, era un mal necesario producto del pecado original, de la mala levadura con que está hecho el ser humano. Todo orden político es imperfecto y ejercido por personajes igualmente imperfectos, que nada tienen de “reyes-filósofos”. Para Maquiavelo (1469-1527) –que también partió de una muy pobre idea sobre el ciudadano común (egoísta en extremo y oportunista siempre)--, la política se debe regir no por consideraciones morales abstractas sino por lo único importante en ese oficio: el éxito. El fin justifica los medios, y uno de esos medios es justamente la distorsión de los hechos, la mentira cada vez que auxilie a lograr, mantener o consolidar el poder. Siglos después, Max Weber (1864-1920) desarrollaría una posición no del todo diferente alrededor del concepto de la peculiar responsabilidad de quien detenta el poder, y que le hace distinto del resto de sus congéneres.

Desde la perspectiva de Maquiavelo, lo criticable de la conducta del presidente Fox en su relación con Fidel Castro, no sería el haber presionado al presidente cubano para que su visita a México fuera muy breve y luego negar

vehementemente el hecho, sino que no tomó las precauciones para no dejar huella.

El Político Típico.- Robert Caro, acaba de publicar un volumen más de su inmensa biografía del 36° presidente de Estados Unidos, Lyndon B. Johnson (1908-1973), (Master of the Senate. The Years of Lyndon Johnson, Nueva York, Knopf, 2002). Lo que ahí se subraya es la enorme capacidad de Johnson para manipular e incluso engañar a aliados y enemigos y salirse con la suya: avanzar en su carrera política —una carrera donde el fraude electoral no estuvo ausente— pero también modificar en favor de los derechos civiles de los negros y otras minorías la legislación vigente en 1957 y 1960. La carrera de Johnson como líder de la mayoría en el senado norteamericano (1955-1961), es un ejemplo bien documentado por Caro de lo que es y ha sido la política normal en todo tiempo y lugar; y esa política no es la de Ghandi o Havel, sino la de Wotton en el mejor de los casos y la de Maquiavelo u Orwell en el peor.

Además, no debe perderse de vista una complicación más, y es que, en ocasiones es imposible establecer de manera certera que es “la verdad”. La relación entre conceptos y hechos depende de valores, del tiempo, del conocimiento y de otras variables que dan pie a genuinas diferencias de interpretación.

La Experiencia Mexicana.- En sentido estricto, la vida política de México como país independientes se inicia con una gran mentira. El líder de la insurrección contra las autoridades españolas en septiembre de 1810, el párroco de Dolores, el señor cura Miguel Hidalgo, incitó con gran éxito a sus feligreses a levantarse en armas justamente por que no les informó de su verdadero proyecto

**–la independencia de España— sino que ese objetivo lo envolvió en un discurso en donde dijo que su propósito era la defensa del rey Fernando VII y de la religión católica. Así pues, Hidalgo se presentó ante las masas indígenas y mestizas con la legitimidad de un dirigente religioso, leal súbdito del rey de España y celoso activista frente a un peligro que en realidad no existía. El Padre de la Patria sabía bien que tras siglos de vida colonial era casi imposible atacar de frente la legitimidad del rey, por ello eligió un camino indirecto que tuvo éxito, al menos al principio, porque sus seguidores no tenían forma de verificar lo afirmado en el discurso. Para Hidalgo y sus colaboradores inmediatos, uno de las metas principales que perseguían --la derrota de los españoles y una situación que diera a los criollos el lugar que se les había negado--, justificaba de sobra los dudosos medios empleados para soliviantar a las masas. Al final, en 1821, fue Agustín de Iturbide, jefe realista, quien logró hacer efectiva la independencia, aunque para lograrla él también tuvo que incurrir en falsedades y traición a la autoridad virreinal.**

**Si se quiere, la política mexicana de los siglos XIX y XX puede leerse como una larga lucha por la libertad, la igualdad, la justicia y la modernidad, pero también puede interpretarse como una historia de egoísmos individuales y de clase, falsedades y traiciones de las diferentes facciones políticas. Desde luego que en realidad no fue sólo lo uno o lo otro, sino una combinación de los dos aspectos, de altruismo y arrojo con tergiversaciones conscientes y corrupción. Así, por ejemplo, los liberales decían hablar en nombre de la justicia y de la nación futura pero actuaban en función de los intereses presentes de una minoría que ignoraba o francamente actuaba contra los indígenas y los pobres, es decir,**

de la mayoría. Los federalistas decían actuar en nombre de las libertades locales, pero en la práctica y en buena medida lo hacían en favor de los intereses de los caciques y oligarquías regionales. La Iglesia Católica combatió a sangre y fuego a los liberales primero y a la Revolución después en nombre de la defensa de la “verdadera religión”, pero en realidad lo que se defendía no era la religión misma, a la que nadie pretendía reemplazar, sino los intereses corporativos de esa iglesia.

Ya en el siglo XX, todos los revolucionarios justificaron la toma del poder y sus acciones posteriores en nombre del pueblo, el sufragio efectivo y la justicia social, pero después de haber triunfado construyeron un sistema autoritario y un partido de Estado que hicieron que las urnas sirvieran para muchas cosas, menos para darle efectividad al sufragio. Y tras la conclusión del cardenismo, la “justicia social” fue sólo discurso y la realidad fue la concentración sistemática del ingreso y la riqueza. La responsabilidad de las masacres del 68, del 71, la crisis del 82, el fraude electoral de Chihuahua del 86 o el nacional del 88 o la explosión del drenaje del sector “Reforma” en Guadalajara en 1992, por solo citar un puñado de los ejemplos disponibles, se atribuyeron a todos, menos a los verdaderos responsables. Con el PRI, la política resultó una forma sistemática de engaño.

Lo Significativo.- En síntesis, lo más significativo de la crisis diplomática cubano-mexicana, es que demostró lo obvio: en México el cambio de régimen no lo encabezó ningún rey-filósofo sino un grupo de políticos nuevos pero no fuera de lo común. Sin embargo, tenemos derecho a demandarles que construyan los cimientos del nuevo sistema político de la manera más limpia y sólida posibles.

**Las falsedades han sido más la regla que la excepción en la historia de México; es hora de que la proporción sea la inversa.**